

La Gaceta Literaria

ibérica: americana internacional

AÑO I. Madrid, 1 de Enero de 1927. N.º 1.

Dirección-Administración: Canarias, 41. Teléf. 10820

Redacción: Calle de Recoletos, 10. Teléf. 52507

Toda la correspondencia dirijase al

Apartado de Correos n.º 7081

Se reciben suscripciones en las principales librerías

LETRAS — ARTES — CIENCIA

Periódico quincenal (1 número cada mes)

DIRECTOR-FUNDADOR: E. GIMÉNEZ CABALLERO
SECRETARIO: GUILLERMO DE TORRE

30 CENTIMOS

SUSCRIPCIÓN ANUAL.....
España y Países del Convenio postal Hispanoamericano 7,50 PTAS.
Extranjero 10,00
75 cént. la línea del cuerpo 8.
Fórmulas de suscripción:
Descuentos: trimestre, 10 %
semestre, 15 %
anual, 20 %

Sobre un periódico de las letras

Los jóvenes escritores que fetan esta novísima carabela de LA GACETA LITERARIA pueden hacer fauna muy de alta mar.

Es ya necesario, ineludible que exista un periódico de la literatura española-literatura en el sentido más amplio, española en un sentido enorme. Diré brevemente porque me parece así.

Hay el libro, hay la revista, hay el periódico. Hay el libro que es la obra misma, desprendida y ajena ya a su autor, encerrada en sí, pequeño astro de irrealidad, flotando a merced de gravitaciones transcendentales. El autor, al publicar su obra, tiene la impresión de que ha enajenado un trozo de sí mismo, que ya no le pertenece, como el anillo que del anérido escapa por estrangulación se hace otro gusano con destino propio e incoercible.

La gente se encuentra con el libro y por muy firmado que vaya cree que es anónimo; se ignora de dónde viene, con qué propósito fué expedido, cuáles son sus motivos supuestos. ¿Cuántas veces una palabra sobre el libro que no está en el libro, enciende dentro de éste, a nuestros ojos asombrados, inesperadas iluminaciones!

Pero verdaderamente un libro, aun el más perfecto, es siempre una abstracción, un fragmento. La mitad de él quedó en la placenta maternal donde se ha nutrido, en el secreto ambiente de ideas, preferencias, postulados, datos que fueron su atmósfera de germinación. Sólo el autor y el grupo en que vive conocen ese secreto, que es la clave decisiva del libro. Los otros lo ignoran. Si son sinceros advierten que tienen en la mano un jeroglífico; si son perspicaces, ven las esquivas de la fractura y buscan el otro pedazo.

Como todo lo esencial, padece la literatura una contradicción inexorable. Porque no tiene duda que la literatura es, a la postre, el libro; en él culmina, en él fructifica y, como los frutos, de él recibe el nombre. Mas, por otra parte, el libro es sólo un momento de la fluencia del pensamiento que en él se detiene, cristaliza y congela. Hay en todo libro algo de falsificación de la vida intelectual efectiva—una falsificación del mismo orden que la ejecutada en el movimiento por la fotografía instantánea. Así se explica que formidables escritores, el primer Platón, hayan sentido horror al libro, viendo en él algo de la rigidez cadavérica—pensamiento de pronto paralizado, como se ha quedado perlado como un artículo en el fin del Barbero al golpe del sobre el suceso de las culas de los fusiles. La instantánea deja a la ola defraudada en su afán de ondulación y la castiga por siempre a erétil espasmo.

Para corregir en aproximación ese defecto congénito del libro debía servir la revista. Hoy es un centón de pequeños libros dispares que vuelan en fortuita banda mensual. Yo creo que la revista tiene otra misión, una misión placentera. La revista debía diferenciarse del libro como lo público de lo privado. El libro es la obra hecha cosa, orgánica e impersonal. Pero la vida intelectual actúa también en formas previas, preparatorias, confidenciales—se compone también de juicios tímidos, de sospechas, de curiosidades, de insinuaciones, fauna exquisita y delicada que no puede vivir aún en perfecta separación de su autor, que sólo alienta en un clima de confesión, de intimidad. A mí me complacería sobre todas las cosas una revista donde los escritores publicasen lo que no llega nunca a sus libros, lo prenatorio, nonnato, recitado; donde discutiesen sin forma ni pretensión pública alguna, donde no fuese pedregoso avanzar una vishombre problemática, una pregunta vacilante. Este elemento móvil y como líquido establecería una continuidad entre los islotes distantes que son los libros, expresaría adecuadamente la inquietud sustantiva del pensamiento, devolviéndole su fluencia, su ondulación y su venturosa inestabilidad. No basta el libro cuando es miel, mas por lo mismo, nos gustaría asistir a la melificación, ver el temblor de las abejas en sus corseos de oro. ¿Qué fabulosa fecundación y educación mutuas produciría una revista así, escrita al oído!

Mas, libro y revista son obra—sólida o fluida. Queda todo un haz de literatura intacto en ambos: el hecho social e histórico en ambos; el hecho social e histórico de la obra y del autor. Queda, pues, íntegra la literatura como "suceso", como acontecimiento real y viviente en medio de toda la realidad y de cuanto vive. Esta es la dimensión del fenómeno literario que sólo un periódico puede reflejar.

En otros tiempos pudo ser menos urgente un periódico de las letras porque la vida literaria era menos numerosa, menos variada de direcciones, entrelazamientos y heterogeneidades. Hoy el público y los mismos escritores andan perdidos en medio de la selva impresa ejercitando un vago robinsonismo.

El público no sabe nada de nosotros más que, si acaso, lo exorbitante, como de la jirafa sabe el cuello superlativo. Pero nosotros mismos nos desconocemos los unos a los otros, mucho más de lo que se cree. Un ejemplo concreto: no creo que haya nadie en Madrid, enterado

con alguna precisión de lo que las letras madrileñas representan hoy en Europa. Lo poco que, por azar, conozco de ello, sé que lo ignoran los demás y, sin embargo, es cosa sobremedida reconfortante. ¿Reconfortante? Más, mucho más que eso, como al punto diré.

Pero si el escritor de Madrid ignora en tal medida la figura de las letras madrileñas, menos han de conocerse entre sí éste y los otros centros intelectuales de la gran pluralidad española. Es preciso, pues, objetivar la vida de las letras, dotarla de presencia y perfil notorio—como se ha conseguido en el siglo XIX dar al Estado una corporeidad perfecta ante la conciencia de cada ciudadano. Y si esto lo ha logrado el periódico, también podrá lograr aquéllo.

La condición es que el periódico de las letras se proponga ser periódico y no otra cosa. A diferencia del libro y la revista, que son la literatura haciéndose, deberá mirar la literatura desde fuera, como hecho, e informarnos sobre sus vicisitudes, describiéndonos la densa pululación de ideas, obras y personas, dibujar las grandes líneas de la jerarquía literaria siempre cambiante, pero siempre existente.

Fuera un error de LA GACETA LITERARIA contentarse con ser un semanario lírico empuja hacia una meta alucinada del balón de su programa particular. Esta táctica ha puesto en grave peligro la salud de las letras francesas. El propósito debe ser estrictamente inverso: excluir toda exclusión, contar con la integridad del orbe literario español y sus espacios afines—como hace el periódico, que no comienza mutilando la sociedad para hablar sólo de un rincón.

De esta suerte, podrá esta hoja—aparte otras ventajas subalternas—contribuir a la mayor y más urgente empresa, que es: curar definitivamente a las letras españolas de su pertinaz provincialismo. Propongo, como ya he sugerido, "fraternidad y pequeñez de radio moral". Madrid, Barcelona, Lisboa, Buenos Aires se reparan diversos atributos de la mente provincial. Y si esto fué siempre deplorable hoy equivaldría a una deserción. Pues todos los signos auguran que cae sobre las letras españolas una nueva y magnífica responsabilidad.

Las otras grandes unidades de cultura comienzan a fatigarse: tres siglos de esfuerzo continuado por fuerza embotan las retinas que han permanecido de hito en hito fijas en los mismos temas. Todo el que sepa leer entre líneas y oír entre palabras percibe esta situación. El relativo descanso de España, la mocedad de nuestra América tienen que ser la fuerza de reserva que acude a la brecha. Tenemos que pensar y escribir, no sólo para la ciudad, sino para el orbe. Es hora, pues, de sacudir los restos de provincialismo y montar las almas en más procer disciplina. Hay que resolverse a pensar y a sentir en onda larga.

Por este motivo me parece tan acertado el afán que esta GACETA declara, de dilatarse hasta los confines de la Gramática y aun de prestar su resonancia a las lenguas más próximas. Es cosa probada: uno de los factores decisivos que regulan las costumbres de una población es el número de sus habitantes. Cuando éste pasa de dos millones, la ciudad queda innumerable al provincialismo. Lo mismo en la villa literaria. Si Madrid, Barcelona, Lisboa, Buenos Aires llegan, en efecto, a sentirse barrios de una gigante urbe de las letras, neutralizarán mutuamente sus provincialidades íntimas y vivirán y trabajarán con radio ecuménico. Esto es lo único que merece la pena.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET.

La Academia Española, también respetuosa.

Es muy grato para nosotros ver que un propósito como el del respeto por las lenguas regionales, que formulamos ya la primavera pasada, al iniciar los primeros pasos de LA GACETA LITERARIA, ha tenido la confirmación del organismo más oficial de nuestras Letras: la Academia Española.

No es que creamos que la Academia Española se haya influenciado por nuestro ambiente. Lo que sí creemos es que nosotros somos, en absoluto, ajenos a la influencia del grave edificio filológico de España.

PROTECCIÓN CULTURAL

Madrid.—Por Real decreto de 28 de Diciembre se ha creado un patronato de "Relaciones Culturales", dotado de medio millón de pesetas. Aunque esta cifra parece excesiva frente a la miseria con que aquí se ha tenido sentido ese sector delicadísimo de la vida nacional, no hay que olvidar los presupuestos de países como Francia, Alemania, Italia e Inglaterra, que dedicaron—aun después de la guerra—cuantiosas sumas a fomentar la relación cultural como medio, el más eficaz, de expansión, de influencia y de prestigio.

ESTE NÚMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA

SUMARIO

Pág. 1.—J. ORTEGA Y GASSET: SOBRE UN PERIÓDICO DE LAS LETRAS.—E. GIMÉNEZ CABALLERO: Pío BAROJA, INGENIERO DE SUS NOVELAS.
Pág. 2.—AMÉRICO CASTRO: Judíos.—J. A. DE SANGRÓNIZ: ¿Se corrige el nombre de América?—J. EDWARDS BELLO: EL PLANETA DEL PACÍFICO.
Pág. 3.—A. PI SUÑER: SCIENTISTAS O CIEN- TÍFICOS?—JOAO DE CASTRO: A ESPERAN- ZA.

R. GÓMEZ DE LA SERNA: VENTANAS.
LAFUENTE: AZORÍN EN EL TEA- TRO.—GUILLERMO DE TORRE: 20 AÑOS DE POESÍA ARGENTINA.—LIBROS.
GONZÁLEZ ROJO: LOS ALUM- BROS DE RAMOS MARTÍNEZ.—ANTO- SPINA: EXPOSICIONES.
M. ARCONADA: MÚSICA.—OB- SERVATORIO ESTUDIANTIL.— ANUNCIOS.

SALUTACIÓN



Rompiendo la aurora del año se presenta a la vida LA GACETA LITERARIA. La cabeza, alta. Los ojos, serenos, lejanos y decididos. El pliegue de su capa, en una curva de generosa musculatura.

LA GACETA LITERARIA se presenta a la vida dispuesta a tres afirmaciones: una, hacia el pasado. Otra, hacia el presente. Y hacia el porvenir, la otra.

La afirmación hacia el pretérito es de color sentimental, español y respetuoso. Quiere recoger el esfuerzo, bello y magno, que una generación paternal tendió al aire de la Península en 1915, al fundar la inolvidable revista España. Aquella generación, timoneada por D. José Ortega y Gasset, que recogía, a su vez, el esfuerzo de la otra, ciclópea, del 98. Frente a aquel Figaro romántico, en cuyo programa se presentaba España—un compañero en el yermo—llena de enojo y esperanza, que se oponer LA GACETA LITERARIA su fe y su gozo en una geografía ideal cruzada por un ideal viaje. Una geografía donde no se tema al Diccionario, y donde los límites, alcancen de América al Pirineo, pasando hasta por ese rincón histórico de la afirmación de LA GACETA LITERARIA.

Su afirmación en el presente es de carácter editorial. Exista en el mundo (Europa), desde hace unos pocos años, el tipo del "periódico de las letras", nuevo organismo intelectual creado por la post guerra, en su afán multitudinario de popularizar la alta cultura de la "Revista", y de acercar eficazmente autores, editores y lectores. Francia, Italia, Inglaterra, Alemania poseíanlo ya. Falta a nuestra área hispánica. LA GACETA LITERARIA intenta hoy cuajar ese hueco ibérico e incorporarse a la tipicidad mundial, europea.

Por último: la afirmación tercera de LA GACETA LITERARIA, tendiendo hacia un futuro—de ignota cercanía—es de calidad ideal. ¿Qué contenido habrá de tener tal futuro? España—creemos—ya no deberá pegarse en los carteles con el campanario de Figaro a la espalda. Ortega y Gasset, en su botella de champán sobre nuestra nave, lo ha exclamado: ¡Fuera provincialismo! En efecto: la tercera afirmación de LA GACETA LITERARIA es la de querer ser ibérica, americana e internacional.

¡Compañeros de letras: escritores, editores, lectores! ¡Salud! Y ayuda. ¡Fé! Y esfuerzo. ¡No abandonarnos diciéndonos adiós desde el puerto! ¡Embarcad! Cabemos todos.

COMITÉ REDACTOR DE LA GACETA LITERARIA

DIRECTOR: E. GIMÉNEZ CABALLERO
SECRETARIO: GUILLERMO DE TORRE

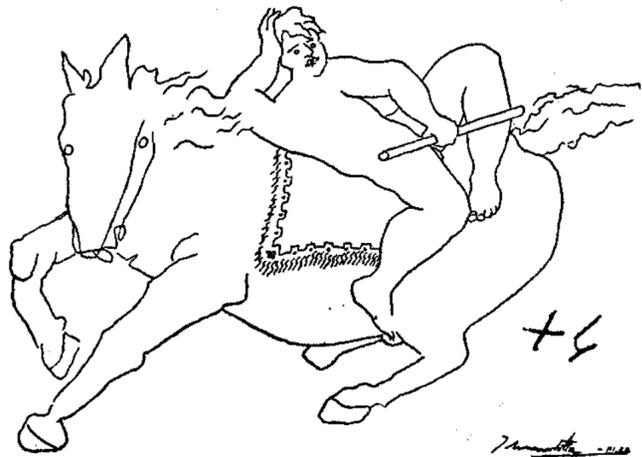
Literatura: Ramón Gómez de la Serna, Pedro Sainz Rodríguez, Antonio Marichalar, José Moreno Villa, José Bergamín, Antonio Espina, M. Fernández-Almagro, Benjamín Jarnés, Enrique Lafuente, Juan Chabás y M. Arconada.

Ciencias: Filosofía: F. G. Vela. Matemáticas: T. R. Bachiller. Física: M. A. Catalán. Naturales: J. Pérez de Barradas. Filología: A. Alonso. Derecho: A. Garrigues. Medicina: J. Segovia Caballero. Pedagogía: A. Ballesteros. Ingeniería: R. Urgoiti. Arquitectura: C. Arniches.

Secciones especiales: Obrerismo: J. de Zuga-zaga. Deportes: Edgar Naville. Dibujantes: G. García Maroto, Vázquez Díaz, Barradas, Bares, Bagaria, Bartolozzi, Tejada, T. Salazar, Bou.

IDEOGRAFÍAS

a tinta china



Mis dibujos cantan la quebra del corazón, y el anaglifo es una poesía que dice: «Jazz—la gallina—y el drome- (dario)»
En este dibujo será novia la línea que campea y subyuga plancie y veri- (cueto).
Un dibujo es un orden de barbas de gra- (mines)
que la gracia dispara y frena el intelecto.

Ya que en el otro campo es la balla fonda la que rige, y el gozo es bazo alibarte. MORENO VILLA.

Las manos en la literatura

Pío Baroja ingeniero de sus novelas

Introducción a una quirología.

Entre los problemas literarios estaba por resolver el de las manos.

¿Se utilizan las manos para escribir? ¿Tiene un poema algo de trabajo manual? ¿Se puede concebir una novela con las manos? ¿Logra caracterizar una mano una vocación literaria?

Creo seriamente que es hora de postular una quirología de las letras, como nueva eurística que descubra lo verdadero y fundamental de cada autor.

Parece extraño que no esté ya formulada, cuando en los otros cuarteles del Arte ya la mano ha adquirido una atención reverente de la crítica. El violinista, el pintor, el escultor y hasta el arquitecto tenían manos en el Arte. Se les veían las manos. Se hablaba de ellas. Por extensión se había alargado este simbolismo de la mano hasta el arte nada liberal de la política, surgiendo esa frase hecha y rehecha, pero no deshecha, del "parecer mano izquierda".

Sólo la literatura semejava exmañada. Geminamente manca. No más que con guante y, muchas veces, sólo con pies. Como si las manos fuesen instrumentos ajenos a las letras, por haberse dado unos cuantos casos de grandes escritores sin brazos (y sin ojos, que son las otras manos de la literatura). No se concebía al pintor sin dedos, el pianista con muñones, el escultor mutilado. Pero si el escritor sin extremidades torácicas, sin digitación.

Pues bien: es la hora de plantear el problema y de resolverlo. De reintegrar en literatura a la mano lo que se la debía. De recaer en el respeto, en la observación, por lo jairónico, por lo quirúrgico, por lo puramente manual del literato.

Es la hora de poner manos a la obra. A la obra literaria. El arte nuevo avanza tan plástico, y sin manumitir, tan palpable, tan mecánico, tan manupostero, que huir la significación rotunda que es la mano, es escapar al entendimiento de este arte.



Croquis de un personaje. (Dibujo de Pío Baroja.)

Yo quisiera hacer en este instante el "Manual de la mano en la literatura" como contribución mínima al problema. Pero me tendré que satisfacer con iniciar unos cuantos paradismas aforísticos, chispazos de futuras consecuencias.

Paradismas manuales.

* Al estrechar la mano de Paul Morand se tropieza en seguida con el monte de Venus bajo la protuberancia del dedo gordo.

* La mano de Pepe Bergamín, un poco gótica, se entrecerilla como un confesionario ante la boca para dejar a ésta susurrar los pecados de las demás.

* ¡Cuidado! Cuando da la mano el doctor Maraño, contagia.

* Cocteau tiene en cada dedo un historial. Con él hace los mapas frenológicos de sus dibujos.

* La mano de Ortega y Gasset posee el sistema nervioso de la veleta en la torre. Allí donde sopla el viento nuevo clava su vértice, arrastrando la cola inevitable de lo secauz.

* No se sabe por qué se imagina la mano de Séneca quitando con la punta del meñique—mientras habla espaciosa y ceceantemente—la ceniza de un pitillo.

* A Verlaine le tiemblan las manos, inyectadas de versos, cuando sorbe un ajeno.

* Benavente hace gimnasia en su puro todos los días, colgándose de él, para dar musculatura a la ironía.

* Eugenio de Castro lleva en la palma grabado el escudo mantelino de su estirpe y de su arte. Cuando escribe una carta lo estampa en la carilla donde debía firmar. Como nuestro Andreño.

* James Joyce tiene manos que inquietan más aún que las de Wilde. Las de Wilde fueron altruistas. Pero, ¿y esas manos colegiales de Joyce?

* Erasmo parece un tenedor de libros en el retrato de Holbein.

* Pérez Galdós logró la gloria a fuerza de remar por la novela. En Galdós lo venerable es el callo que le hizo la pluma.

* Bontempelli se ha quedado sin manos queriendo abarcar imprecisiones.

* Blanco-Fombona empuja un revolón. Pero dispara versos.

* La melena corvina embucleada de Oliverio Girondo hace creer en una mano negra que le amenaza la sonrisa y el ritmo de su guasa.

* Gutiérrez Solana pinta con los dedos espatales, tras de mojarlos en su conversación monolábica.

* Rabelais se sujetaba el vientre y se cinchaba para poder escribir.

* En Campoamor yo no veo más que los hoyuelos de sus manos y los gemelos de oro en los puños redondos, brillantes de almidón.

* Kant se ponía en un ojo el enchufe lenticular del relojero. Cogía unas pinzas. Y desmontaba el reloj. Lo remontaba. Y el reloj—ya perfecto—no se molestaba en mover ya las manillas.

* Menéndez Pidal tiene manos de tejedor de telar antiguo y delicioso.

* Gómez de la Serna bautiza en Pomba, desde la pila marmórea, con la concha de su mano regordeta. "Pombo" es un libro parroquial.

* Virgilio tuvo que usar muchos guantes para quitarse el olor de la dehesa y gustar a las amigas de Mecenas.

* Valle-Inclán, Cendrars, Cervantes. Tres sans-bras. Y la venus de Milo. Los cuatro han necesitado no tener alguna extremidad para lograr el gran premio de las restauraciones.

* Guillermo de Torre tiene mano de novicio que llegará pronto a abad. Nada nuevo eléctrico, más sedante y menos helicoidal que su mano.

* La mano de Larbaud va siempre llevando cuadernos con tapas azules de Lycée.

* Keyserling al hablar agita en ella un látigo de domador sobre una menagerie. Cuando la reposa la deja como un pisapapeles sobre la mesa.

* Foshe debió hacerse las uñas con mucho cuidado. Italia—y siempre Francia—sus manicuras.

* ¿Se puede hacer buena filología sin utilizar todos los dedos? El caso delicado de Manuel de Montoliu.

* Jorge Guillén dicen que tiene varillas de cristal refringente.

* Santa Teresa unía en las manos la crudeza de una mujer que anda por la cocina fregando platos a la viscosidad etérea y cética de la que va a morir en olor de santidad.

* Menéndez y Pelayo tenía atriles. No manos.

* García Lorca lleva un juteo moreno entre los dedos mojado en nieve de sierra y en agua de vega.

* Gracían pudo escribir a máquina. Su obra tiene algo de dactilopeo. Seca, precisa, admirable y antiñática.

* Unanimo gasta puños, no manos. Aun cuando no gaste puños.

* Tampoco los gusta Maetz. Lo alboraría a afirmaciones tenaces sobre las teorías.

* Dostoyewski escribía en un órgano de iglesia. Baeza lo puede asegurar. Por eso sus dedos aciertan los registros sin vacilación.

* ¿Se piensa que la mano de Larra terminó su vida como una hoguera? En un cuajarón de humo encañonado al aire?

* Las manos de Boccaccio presintieron el cine, como espectáculo lateral, a oscuras. Presintieron todas las tentaciones.

* Juan Ramón pende sus manos en el jardín las noches de verano. Se impregnan de jazmín y escriben.

* Manos de obispo: D'Ors. Catá. Tenreiro. Manos de cura: Grandmontagne. Pérez de Ayala. Manos de monaguillo: Julio Camba. Jarnés.

Las manos de Pío Baroja.

¿Y las manos de Pío Baroja? Detengámonos en las manos de Baroja. Las manos de Pío Baroja son algo tan desmudo y crudo, tan sin cáscara y sin defensa, que sólo aparecen a la vida—desde la profundidad abisal de los bolsillos del pantalón—como delinies a quienes el hambre y la curiosidad obligan a surgir del mar. Las manos de Pío Baroja son como un violonchelo guardado en el estuche, que sólo en la hora del concierto ceba a temblar sus cuerdas. Las manos de Pío Baroja duermen en los bolsillos del pantalón como candelillos falderos cerca de un rescoldo. Son algo independiente de su dueño; mejor dicho, independiente, puesto al servicio de él por amistad y por gratitud al ocio concedido durante tantos años. Si Baroja no tuviera la psicología opuesta, las manos, empantalonadas constantemente, le darían el aspecto de un gallo.

Manos como años asustados al entrar en una sala. Así de despistadas por el mundo. Manos adoncelladas para siempre que recelan de su desnudez frente al ojo impúdico de las cosas. ¿Qué angustia cuando tienen que saludar y que moverse y que ostentarse! ¿Qué ganas de excusarlas y dejarlas volver a sus almidones de gato, a sus agujetas de